

¿Labores femeninas o trabajo? Mujeres dedicadas a la costura en Buenos Aires, 1852-1862

Female chores or labor? Women who sew in Buenos Aires, 1852-1862

Gabriela Mitidieri*

Resumen: El presente artículo se propone poner el foco en aquellas experiencias ligadas a la costura que no necesariamente implicaron contar con un oficio, que sólo de modo ocasional fueron remuneradas, o que implicaron la transmisión de saberes de la aguja considerados femeninos, en la ciudad de Buenos Aires a mediados del siglo XIX. En un momento de intensos cambios políticos y económicos, se trata de indagar en trayectorias de mujeres que se dedicaron a remendar la ropa de su familia y ocasionalmente cosían “para afuera”, que trabajaban en hogares ajenos como sirvientas y mucamas y cuya habilidad para coser era específicamente requerida por sus empleadores/as, jovencitas de la élite que bordaban en su tiempo libre y mujeres empleadas en enseñarles labores a niñas en alguna de las escuelas de la ciudad. Con las herramientas de la historia social y a partir de un estudio de la prensa local, censos de población y documentación municipal, se intenta reflexionar acerca de qué era considerado trabajo (y qué no) en ese momento y lugar, qué se entendía por calificación en esta época y qué marcas de género, raza y clase impregnaron esos sentidos, para estas mujeres y para sus contemporáneos.

Palabras clave: Trabajo femenino; Buenos Aires; siglo XIX; costura; servicio doméstico.

Abstract: The present article proposes to focus on experiences related to sewing that did not necessarily imply being member of a trade, that only occasionally were remunerated, or that involved the transmission of needle craft knowledge considered feminine, in the city of Buenos Aires in the mid-nineteenth century. At a time of intense political and economic change, the aim is to look into the trajectories of women who were dedicated to mending their family’s clothes and occasionally sewing pieces for money, who worked in other people’s homes as maids and maids and whose ability to sew it was specifically required by their employers, elite girls who embroidered in their free time and women employed in teaching girls how to sew in some of the city’s schools. With the tools of social history and through the analysis of the local press, population censuses and

* Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Becaria doctoral Conicet con sede en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (Facultad de Filosofía y Letras UBA). E-mail: gmitidieri@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0039-8720>.

municipal documentation, I try to reflect on what was considered work (and what was not) at that time and place, what were the ideas of qualification and what marks of gender, race and class impregnated those senses, for these women and for their contemporaries.

Keywords: Female labor; Buenos Aires city; 19th century; sewing; domestic labor.

Introducción

El 9 de octubre de 1855 apareció publicado en las páginas finales del periódico *El Nacional* un aviso demandando “una cocinera y una mucama que sepa coser, lavar y planchar”.¹ Este aviso no tenía nada de extraordinario: era usual el pedido de mujeres y de hombres para emplearlos en casas como servicio doméstico. Su particularidad radica en que permite entrever el conjunto de tareas que requería dominar la mujer a contratar, entre las cuales se contaba la costura.

En agosto del mismo año, las mujeres de la Sociedad de Beneficencia publicitaban en ese diario de tirada local, la rifa de labores de costura confeccionadas por las niñas huérfanas que se educaban bajo su tutela. Esta acción se proponía como de estímulo para las jóvenes y lo recaudado habría de utilizarse para el beneficio económico de las escuelas bajo administración de la Sociedad.² En un contexto político enmarcado por la construcción de un nuevo proyecto liberal de gobierno tras la caída del gobernador Don Juan Manuel de Rosas en 1852, la Sociedad de Beneficencia se erigía como actor clave. Estas mujeres, a través de sus instituciones, dotaban de contenido a las nociones de virtud republicana femenina, alentando las labores industriales como la costura y el bordado para las trabajadoras pobres, niñas huérfanas e internas de sus hospitales, que se encontraban a su cargo,³ interpelando a una elite renovada para que destinara recursos a estos proyectos.⁴

Estos dos casos presentan a mediados del siglo XIX experiencias de mujeres llevando adelante una actividad de costura, bordado o compostura de vestimenta. Experiencias diferentes a aquellas asociadas a lugares de trabajo de la aguja tales como la tienda de modista, el taller de sastre y la ropería. En el presente artículo exploro esos otros espacios de trabajo de costura que no siempre ni necesariamente implicaron contar con una maestría en el oficio o incluso percibir un salario por lo efectuado. Al hacerlo me interrogo acerca de quiénes eran estas mujeres, dónde residían, cómo aprendieron a coser, de qué modo su género, edad y origen étnico-racial intervino en las posibilidades de trabajo o labor, en las características del mismo y en su posible remuneración. Analizo casos de mucamas

1 *El Nacional*, 9 oct. 1855, p. 3.

2 *El Nacional*, 27 ago. 1855, p. 1.

3 PITA, Valeria. Nos termos de suas benfeitoras: encontros entre trabalhadoras e as senhoras da sociedade de beneficência, Buenos Aires, 1852-1870. *Revista Mundos do Trabalho*, v. 1, n. 2, 2009.

4 “Pero que los porteños y las porteñas de los sectores medios y acaudalados participaran en esas actividades de beneficencia no era sólo una muestra de su solidaridad hacia las más variadas causas humanitarias, sino que también esas instancias comenzaron a formar parte de su sociabilidad recreativa, lo que nos permite comprender su éxito a pocos años del derrumbe del rosismo. Los bailes, las funciones teatrales o los bazares de caridad – ventas de diversos productos cuya renta era destinada a una u otra causa caritativa – se transformaron en instancias privilegiadas para el encuentro y, como tales, para el intercambio, el cotilleo, el flirteo y las rencillas entre quienes participaban.” PITA, Valeria. *La casa de las locas*. Una historia social del Hospital de Mujeres Dementes. Buenos Aires, 1852-1890. Rosario: Ed. Prohistoria, 2012. p. 83.

y sirvientas contratadas específicamente para remendar la ropa de una familia y de mujeres con nociones de costura que enseñaron labores a niñas, en escuelas para distintas clases sociales. Reflexiono acerca de cómo el mismo acto de costura, realizado en el hogar por mujeres jóvenes de la élite o por niñas huérfanas y mujeres dementes tuteladas por la Sociedad de Beneficencia, dejaba de ser considerado trabajo remunerable, al ingresar en un circuito donde lo que se ponía en juego eran valores de laboriosidad, virtud femenina y servicio, aun cuando el producto de sus manos hubiera redundado en la obtención de dinero por parte de terceros. Me interrogo acerca de qué nociones generizadas de calificación intervinieron a la hora de considerar a la actividad de la aguja e hilo como trabajo y como trabajo remunerable. Intento de esa manera aproximarme a los significados históricos presentes en la idea de labor y de trabajo femenino.

El recorte temporal elegido para hacerlo toma como momentos de inicio el comienzo de una nueva etapa política tras la Batalla de Caseros, atraviesa la elaboración del censo de población del año 1855 como medida estadística propuesta por el proyecto político liberal de Buenos Aires, y toma como cierre la batalla de Pavón. En el año 1852, la Batalla de Caseros significó la caída del gobierno de Juan Manuel de Rosas, líder político y estanciero que dirigió la provincia de Buenos Aires en los períodos 1829-1832 y 1835-1852. Rosas construyó un margen de estabilidad política y económica en su territorio y por eso el derrumbe de su gobierno fue también el de las alianzas que sostuvo con caudillos federales de las provincias del interior del territorio y con jefes indígenas en la frontera sur de la provincia. El año 1852 inauguraba una década de conflictos político militares entre la Confederación Argentina y el nuevo gobierno liberal del estado de Buenos Aires, el cual disputaría el control monopólico de la aduana de Buenos Aires.

La batalla de Pavón constituyó una significativa expresión de los conflictos habidos entre Buenos Aires y la Confederación Argentina y su desenlace favorable a Buenos Aires habría de implicar un momento de estabilización del proyecto nacional, con la ciudad portuaria y su campaña circundante como articuladora del nuevo mapa político y económico.

Este estudio pretende aportar a una mirada sobre los mundos del trabajo de mujeres en un período de expansión urbana, en el marco del nuevo proyecto liberal de gobierno. Para ese entonces, la ciudad puerto ya contaba con más de 90.000 habitantes. Las maneras de vivir y sobrevivir allí no se vieron alteradas radicalmente para quienes se ganaban el sustento a través de su trabajo cotidiano luego de 1852. Pero las calles que transitaban a diario, en más de un sentido, ya no eran las mismas. Y sus cambios implicaron nuevas posibilidades de empleo para trabajadores y trabajadoras urbanos. En algunos pocos años, trabajadores de la construcción encontraron ocupación en la ampliación del muelle de pasajeros que respondía al aumento del flujo de migrantes europeos y europeas hacia la ciudad.⁵ También hubo posibilidad de empleo masculino en las reformas del renombrado

5 “La técnica aplicada permitió reconstruir la tendencia del proceso migratorio desde fines del siglo XVIII inclusive. En ella se observa que los migrantes mantienen un volumen constante y sostenido hasta aproximadamente la década de 1830. Esta última muestra un paulatino ascenso y presupone un primer punto de inflexión en la trayectoria. Por su parte, la década siguiente, la de los cuarenta, constituye en realidad la primera alza de afluencia migratoria. En este sentido, de acuerdo con los resultados obtenidos, no parece que la caída de Rosas y su régimen hayan marcado modificaciones muy profundas en la tendencia del proceso migratorio hacia la ciudad. La década de 1850 constituye una acentuación del mismo, más que una explosiva apertura, cuyo volumen se perfilaba en ascenso ya en las décadas anteriores”. MASSÉ, Gladys. **Reinterpretación del fenómeno migratorio hacia la ciudad de Buenos Aires a mediados del siglo XIX**. Versión resumida del trabajo de Tesis (Tesis de Magíster en Demografía Social – Universidad Nacional de Luján, 1992). p. 46.

Teatro Colón, en el empedrado de ciertas calles y, junto con algunos presidiarios, quienes eran forzados al trabajo como parte de su condena, en el embellecimiento de la Plaza Mayor. La iluminación de las cuadras que la circundaban a través del alumbrado a gas fue una de las novedades, junto con el establecimiento de la primera línea de ferrocarril en 1856.⁶ La inauguración de nuevos mercados de abasto y de refacción de los existentes proveyó de lugares de faena a puesteros y puesteras de verdura y fruta, pequeños artesanos y vendedoras ambulantes de comida preparada.⁷ Y la voluntad de los nuevos hombres y mujeres de gobierno de delimitarse del pasado rosista, también incentivó nuevas prácticas y consumos, al tiempo que se ocupaba de perseguir a aquellos y a aquellas de entre las capas bajas de la población, entre ellos un gran número de afrodescendientes, que aún vivaban al ex gobernador.⁸

Entre los consumos, vestirse a la moda francesa, fue una de las tendencias entre quienes gozaban de mayor poder adquisitivo.⁹ Para trabajadores y trabajadoras, perduraba la costumbre instalada durante el rosismo de consumir ropa hecha en roperías y sastrerías de la ciudad,¹⁰ aunque se trataría de prendas bien alejadas de los tonos rojo punzó, color de uso oficial y obligatorio por Rosas y adeptos.

Antes y después de 1852, la ropa funcionaba como un marcador de clase por excelencia: la textura y color de los paños daba pistas de su valor y procedencia, así como el estado de las prendas, su limpieza, sus remiendos. Detrás de cada prenda había trabajo: si era ropa hecha, probablemente de costureras inglesas, al otro lado del Atlántico. Si había sido confeccionada a medida, tal vez hubiera involucrado la labor de modistas (si era una prenda femenina) o sastres, costureras, aprendices, de alguno de los más de 170 talleres que existían en la ciudad.¹¹ En el estado de su limpieza, podía rastrearse la faena de lavanderas, en su mayoría afrodescendientes, que bajaban al río a lavar la ropa de sus clientes.¹² En sus remiendos, tal vez el trabajo no remunerado de alguna madre, esposa, hermana o hija. O de alguna de las mujeres que conformaban el nutrido rubro del servicio doméstico urbano, quienes también podían coser si se les demandaba, como vimos en el aviso clasificado inicial. O la tarea paga de

6 LIERNUR, Francisco. La ciudad efímera. En: LIERNUR, J.F.; SILVESTRI, G. (comp.). **El umbral de la metrópolis.** Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930). Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1993. p. 186-187.

7 Acerca de mercados de abasto y trabajadores/as que se desempeñaban en el mismo, vease PITA, Valeria. Tenderos, trabajadores y agentes municipales en los mercados de abastecimiento. Buenos Aires, 1857-1880. En: II CONGRESO INTERNACIONAL DE LA ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA E IBÉRICA DE HISTORIA, 1-3 de marzo de 2017, Buenos Aires, y Vendedores ambulantes, puesteros y municipales en los mercados de abastecimiento de la ciudad de Buenos Aires, 1854- 1871. IV TALLER DE HISTORIA SOCIAL, GÉNERO Y DERECHOS, IIEGE-UBA, 17-18 de abril, 2017, Buenos Aires.

8 “A los gritos descompasados de ‘Viva Rosas, Mueran los salvajes Unitarios, un barrio entero pierde su tranquilidad nocturna (...) Es una infeliz morena media demente quien los pronuncia, pero con una voz estentórea capaz de hacer mover a un muerto. Varios vecinos de la parroquia del Socorro no piden preguntemos ¿por qué no se conduce a esa pobre morena a la Convalescencia?”. **El Nacional**, 12 oct. 1858, p. 3.

9 SABATO, Hilda; ROMERO, Luis A. Artesanos, oficiales, operarios: trabajo calificado en Buenos Aires, 1854-1887. En: ARMUS, D. (Comp.). **Mundo urbano y cultura popular.** Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1990. p. 228.

10 SALVATORE, Ricardo. **Paísanos itinerantes.** Orden estatal y experiencia subalterna durante la era de Rosas. Buenos Aires: Ed. Prometeo, 2018. p. 49-57.

11 **Registro Estadístico de la Provincia de Buenos Aires para 1855**, Dirección de Estadística y Censos, Ministerio de Gobierno, p. 56. Sobre el número hay desacuerdos. El diario *El Nacional* mencionaba en 1855 la existencia de 300 tiendas de géneros y ropa hecha en la ciudad, “lo que da cuatrocientos habitantes para vestir por tienda, entre pobres y ricos, entre niños y adultos”. **El Nacional**, 18 dic. 1855, p. 2.

12 Ver testimonios del irlandés John Brabazon y del inglés William Mc Cann acerca de habitantes, mercados y plazas de la ciudad a fines de la década de 1840 en la compilación de FONDEBRIDER, Jorge. **La Buenos Aires ajena.** Testimonios de extranjeros de 1536 hasta hoy. Buenos Aires: Ed. Emecé, 2001. p. 114-116 y 121-122.

alguno de los sastres remendones que tenían puesto en mercados de la ciudad como la Recova.¹³

En términos historiográficos, existe en Argentina una prolífica tradición que abordó el trabajo femenino a fines del siglo XIX y siglo XX, que reparó en aquellos empleos ocupados de manera mayoritaria por mujeres, que revisó el lugar de estas sujetas en los espacios de trabajo, en los gremios y que también prestó atención a los significados sexuados que permearon nociones como las de trabajo, calificación y honor en el mundo laboral.¹⁴ En su propio devenir histórico como línea de indagación, esta corriente que logró entrecruzar la mirada de la historia social, la atención por los mundos del trabajo y la agencia específica de las mujeres, fue componiendo una agenda de preguntas y problemas históricos complejos a abordar. En suma, partió de un momento inicial de visibilización de sujetas soslayadas históricamente por sus propios contemporáneos y por la historiografía subsiguiente, hasta afirmar que ya no es posible escudriñar la experiencia de una clase social sin atender al modo en el que el género – así como también la raza o el origen étnico – vertebraba las vidas de hombres y mujeres de manera diferencial.

En lo que respecta específicamente al servicio doméstico, una línea de estudios recientes indaga en las formas que adoptó ese empleo, los sujetos que se ganaron la vida en esa actividad y, al centrarse en el último tercio del siglo XIX y comienzos del XX, logra rastrear las pervivencias del trabajo de servidumbre, inserto y funcionando en un contexto de mercado de trabajo formalmente libre y capitalista.¹⁵ A su vez, estudios recientes ponen el foco en los regímenes especiales de regulación estatal que existieron a partir de la década de 1920 y en el modo en el que esa “especialidad” se fundaba en la frontera porosa, inestable, entre el trabajo doméstico remunerado y el no remunerado, entre lo familiar y lo laboral.¹⁶

La investigación de Cecilia Allemandi constituye una referencia para el análisis al abordar diferentes aspectos del servicio doméstico como ocupación urbana a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Sus reflexiones en torno a la subrepresentación censal de ciertos empleos, el examen sobre las distintas formas de conseguir un trabajo, el foco puesto en los arreglos familiares –

13 **El Nacional**, 2 dic. 1857, p. 3.

14 Ver por ejemplo BARRANCOS, Dora. Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras. En: DEVOTO, Fernando; MADERO, Marta (dirs.). **Historia de la vida privada en la Argentina**. La Argentina entre multitudes y soledades. De los años treinta a la actualidad. Buenos Aires: Taurus, 1999; Inferioridad jurídica y encierro doméstico. En: LOZANO, Gil et al (dirs.). **Historia de las mujeres en la Argentina**. Buenos Aires: Taurus, 2000; **Mujeres en la sociedad argentina**. Una historia de cinco siglos. Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 2007; BRAVO, María C. (et al.). **Historia de luchas, resistencias y representaciones**. Mujeres en la Argentina. EDUNT: Tucumán, 2007; D'ANTONIO, Débora. Representaciones de género en la huelga de la construcción. Buenos Aires, 1935-1936. En: GIL LOZANO, Fernanda; PITA, Valeria; INI, Gabriela (dirs.), **Historia de las mujeres en la Argentina**. Buenos Aires: Ed. Taurus, 2000; LOBATO, Mirta. **Historia de las trabajadoras en Argentina, 1869-1960**. Buenos Aires: Edhasa, 2007.

15 Ver los trabajos de ALLEMANDI, Cecilia. **Sirvientes, criados y nodrizas**. Una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX y principios del XX). Buenos Aires: Ed. Teseo, 2017. Entre tentativas reglamentarias y sirvientes organizados: la regulación municipal del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. **Revista Historia y Justicia**, n. 6, abril de 2016; Niños Sirvientes y “criados”: el trabajo infantil en el servicio doméstico (ciudad de Buenos Aires, fines del siglo XIX-principios del siglo XX). **Cuadernos del IDES**, n. 30, oct. de 2015; Una aproximación al servicio doméstico a partir de las “colocaciones”. Ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX y principios del XX). **Serie Documentos para Discusión, IDES-PESEI**, n. 3, 2014; El servicio doméstico en el marco de las transformaciones de la ciudad de Buenos Aires, 1869-1914. **Diálogos**, v. 16, n. 2, 2012. Ver también REMEDI, Fernando. Esta descompostura general de la servidumbre. Las trabajadoras del servicio doméstico en la modernización argentina. Córdoba, 1869-1906. **Revista Secuencia**, n. 84, sept-dic. 2012.

16 PÉREZ, Inés. Un “régimen especial” para el servicio doméstico. Tensiones entre lo laboral y lo familiar en la regulación del servicio doméstico en la Argentina, 1926-1956. **Cuadernos del IDES**, n. 30. El trabajo doméstico: entre regulaciones formales e informales. Miradas desde la historia y la sociología, p. 44-67, 2015.

laborales involucrados en la contratación (que cuestionan el estereotipo de servicio doméstico como ocupación de “mujeres solas”, incorporando un conjunto de sirvientes entre los que se contaban matrimonios, madres e hijas, etc.), una caracterización del conjunto de tareas demandadas por parte de los patrones, son todos aportes que resultan válidos para reflexionar sobre el servicio doméstico en la década de 1850, aun tratándose la de Allemandi, de una pesquisa que inicia su análisis a fines de la década de 1860. En este análisis histórico la autora propone respetar los sentidos contemporáneos sobre de dicha actividad laboral y no nombrar como “trabajo” y “trabajadores/as” aquello que la época consideró “servicio”, “servidumbre” y “sirvientes”. Y plantea que

Desatender a esas formas de identificación y diferenciación existentes atendería contra el objeto de estudio que intentamos construir. En definitiva, esas formas de denominación nos hablan en gran medida del lugar que ocupaban, de cómo eran valorados ellos y lo que ellos hacían, de las distancias sociales existentes y de las diferencias con aquellos que sí eran considerados trabajadores/as.¹⁷

En el presente trabajo, recupero esas sugerencias, entendiendo como datos históricamente situados a las categorías nativas de los sujetos estudiados, aun considerando que las diferentes maneras de ganarse la vida de aquellos/as que sólo contaron con su fuerza de trabajo para subsistir y que no siempre ni necesariamente fueron entendidos/as como trabajadores/as (sirvientes, mujeres pobres, asilados/as, niños/as) son claves para comprender la configuración del mercado laboral porteño en la segunda mitad del siglo XIX. Es necesario poner el foco en aquellas ocupaciones que contemporáneos e historiadores/as posteriores entendieron como “marginales”, “fronterizas”, no asimilables a las nociones clásicas de trabajo y recuperar su centralidad en aquel mercado que se propuso como formalmente libre, mayoritariamente masculino y décadas más tarde, industrial o fabril.

El estudio se nutre también de diferentes investigaciones que abordan de modo específico la labor de costura, en las diferentes formas que adoptó: como trabajo remunerado, como actividad ligada al “ocio” femenino, al trabajo doméstico no remunerado, a la elaboración de prendas propias, o a combinaciones de dichas formas, dado que algunas mujeres podían realizar la misma actividad y a veces recibir una paga por ello o no hacerlo, según el contexto.¹⁸

Este artículo se divide en cuatro apartados. En el primero, describo dos de las fuentes principales en las que se basa este estudio: el diario *El Nacional* y el censo de población de 1855. En el segundo apartado, abordo dos de esos trabajos que compartieron el requerir nociones de costura para su desempeño, sin estar directamente ligados a alguno de los establecimientos de fabricación de vestimenta habidos en la ciudad para ese entonces. Allí, me centro en los pedidos de sirvientas y mucamas “que sepan coser” que aparecieron durante el período

17 ALLEMANDI. *Sirvientes, criados y nodrizas*, p. 32.

18 NARI, Marcela. El trabajo a domicilio y las obreras (1890-1918). *Razón y Revolución*, n. 10, 2002; PASCUCCHI, Silvana. *Costureras, monjas y anarquistas*. Trabajo femenino, iglesia y lucha de clases en la industria del vestido (Buenos Aires, 1890-1940). Buenos Aires: Ed. RyR., 2007; MILLER, Marla. *The Needle's Eye*. Women and Work in the Age of Revolution. University of Massachusetts Press, 2006; MILLER, Marla. Gender, Artisanry, and Craft Tradition in Early New England: The View through the Eye of a Needle. *The William and Mary Quarterly*, v. 60, n. 4, 2003; VASSALLO, Alejandra. Bordando virtud en la trama de la nación: la creación mujeres republicanas en Argentina, 1823-1880, mimeo, 2005; GORDON, Sarah. *“Make it yourself”*: home sewing, gender and culture, 1890-1930. New York: Columbia University Press, 2009.

estudiado en las páginas de avisos del diario local *El Nacional*. Además, enfoco en la demanda de mujeres para enseñar a coser a niñas en las escuelas públicas y privadas de Buenos Aires. A partir de los elementos presentes en dichos avisos, reconstruyo las características de contratación, remuneración, las actividades específicas comprendidas en su empleo y planteo algunas hipótesis en torno al perfil de clase, raza u origen nacional y edad que estos trabajos suponían. En un tercer apartado, abordo dos tipos de labores de la aguja que no eran consideradas trabajo por los contemporáneos – y por ende no remunerables – al tratarse de mujeres con características particulares que las alejaban, de algún modo, de las mujeres trabajadoras de la época: las señoritas sin una ocupación en el mercado de trabajo, mantenidas por sus padres o maridos, que desarrollaban labores de costura y bordado y las mujeres que se encontraban en instituciones administradas por la Sociedad de Beneficencia (niñas y jóvenes en sus escuelas, mujeres dementes de la Convalecencia). Aun cuando puede afirmarse que por ser su labor ejecutada en su lugar de habitación no realizaba su valor en el mercado, muchos de estos productos sí fueron pagados y “consumidos” por dependencias del gobierno (uniformes cosidos por las mujeres dementes para el cuerpo de policía, labores rifadas por la Sociedad de Beneficencia para costear gastos de sus instituciones) o cumplieron funciones simbólicas y materiales como prendas en el campo de batalla (banderas, cintas, vendas confeccionadas por mujeres de clase alta). Para finalizar, propongo algunas conclusiones preliminares sobre el tema.

La ciudad y su gente a través de la prensa y el censo

Indagar en ciertos corpus documentales desde la historia social implica, en primer lugar, hacer visibles las relaciones sociales que hicieron posible la producción de registros, de información noticiosa, de opiniones diversas en el pasado que estudiamos. Una de las fuentes que aquí analizo es el diario de tirada local *El Nacional*, creado el 1º de mayo de 1852. La nueva etapa que se caracterizó por una renovada vida pública y política, tuvo en la prensa un actor fundamental. Diarios y periódicos se dieron la tarea de interpelar y moldear la opinión pública, de forjar nociones comunes de identidad y pertenencia porteña. Si bien no se privaron de ejercer críticas a los gobiernos de turno, publicaciones como *El Nacional* tuvieron como redactores y directores a políticos de alto perfil como Dalmacio Vélez Sarsfield y desde 1855, a Domingo F. Sarmiento, cuyas conexiones con el gobierno del Estado de Buenos Aires también les garantizaron subsidios a través de suscripciones, facilidades para contratos de arriendo de imprenta, entre otros.¹⁹

Este diario en particular constaba de cuatro páginas: en la primera solían publicarse noticias internacionales, pero también proclamas políticas y novelas y folletines por entregas; en la segunda página predominaban las noticias locales y los pormenores de las relaciones entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación Argentina; la tercera y cuarta página estaban destinadas a la publicación de avisos clasificados de distinta índole: oferta y demanda de trabajadores y trabajadoras, auspicio de servicios profesionales, venta y alquiler de bienes inmuebles, avisos de remate de inmuebles y pertenencias, venta de bienes de consumo corriente,

19 LETTIERI, Alberto. La república de la opinión. Poder político y sociedad civil de Buenos Aires entre 1852 y 1861. *Revista de Indias*, v. LVII, n. 210, p. 497-499, 1997 y WASSERMAN, Fabio. Prensa, política y orden social en Buenos Aires durante la década de 1850. *Revista Historia y Comunicación Social*, v. 20, n. 1, p. 174-180, 2015.

publicidades de espectáculos (obras de teatro, bailes de máscaras y fiestas con ocasión de fechas patrias), las primeras exposiciones de fotografías, avisos de arribo de embarcaciones o “paquetes” a la Aduana porteña, listados de bienes importados (géneros, alimentos, etc.), avisos de los consulados, Edictos judiciales, entre otros.

A los efectos de la presente investigación, destaco la información brindada por los avisos para reconstruir el mercado de trabajo, las modalidades de contratación y remuneración, características sobre las personas “demandadas” y que ofrecieron su trabajo. También en las primeras páginas es posible acceder a opiniones en relación a los sentidos del trabajo femenino, roles de género y sobre el accionar de la Sociedad de Beneficencia. Es preciso, sobre todo en lo que hace a ese último punto, entender a *El Nacional* como una palestra de debates, que funcionó como un formador de opinión sobre disputas políticas. Desde esa matriz es que pueden leerse las notas editoriales que fueron publicadas en la década de 1860, cuando existió, por ejemplo, una puja entre Sarmiento y la Sociedad acerca de quién debía administrar las escuelas públicas. No obstante, más allá de las relaciones conflictivas en ámbitos de gobierno, estas publicaciones constituían además un instrumento de supervivencia que circulaba por diferentes ámbitos de sociabilidad popular. Si en las décadas de 1830 y 1840 la difusión popular de la prensa se daba en el marco de pulperías y mercados a través de lecturas colectivas en voz alta, entrando en la segunda mitad del siglo XIX, vemos que esas mismas prácticas se trasladaban gradualmente a ciertos cafés que ampliaban su convocatoria a los sectores trabajadores, que encontraban posibilidades de ocupación entre las páginas de esa prensa.²⁰

El 17 de octubre de 1855, los diferentes comisionados del Censo, elegidos por los Jueces de Paz de cada parroquia, tomando en cuenta su trayectoria como vecinos notables, se dispusieron a ingresar casa por casa a censar a la población de la ciudad. Si bien no faltaron quienes declinaron la elección por considerar la tarea de comisionado como sumamente engorrosa,²¹ el censo en su conjunto se desarrolló del modo esperado,²² superando las expectativas de la propia Mesa de Estadísticas.²³ Cada cédula censal incluía once preguntas: tipo de casa (de azotea, de altos, cantidad de pisos); nombre y apellido; relación con el dueño de casa (inquilino, esposa, hijo/a, etc.); estado civil; sexo; edad; instrucción (“sabe leer y escribir”); lugar de nacimiento; origen; profesión o medios de vida y la innovadora pregunta sobre los años de residencia de los extranjeros.

Es gracias al censo que accedemos a una suerte de “instantánea” que nos aproxima a los rasgos más salientes de la población urbana en ese momento.²⁴ De un total de 92.871 individuos censados, la mayor densidad poblacional se encontraba en las manzanas próximas al centro de la ciudad, rodeando la Plaza.

20 BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar G. *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina*. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862. FCE, 2007. Sobre lecturas colectivas de la prensa ver p. 178-179. La autora menciona también la existencia de un Café de los Artesanos en 1858 que auspiciaba en el diario la posibilidad de encontrar ofertas de trabajo allí mismo (p. 268).

21 Misiva del Juez de Paz de la parroquia de San Nicolás, dirigida al Ministro Secretario de Estado Valentín Alsina, el 16 de octubre de 1855. Publicada en *El Nacional*, 20 oct. 1855, p. 1.

22 Nota publicada en *El Nacional*, 31 oct. 1855, p. 2.

23 Resultados del Censo publicados en *El Nacional*, 16 nov. 1855, p. 2.

24 La referencia a los datos sistematizados del Censo de Población de 1855 es MASSÉ, *Reinterpretación del fenómeno migratorio*, p. 55-60 e *Inmigrantes y nativos en la ciudad de Buenos Aires al promediar el siglo XIX. Población de Buenos Aires* - Revista semestral de datos y estudios demográficos publicada por la Dirección General de Estadística y Censos, Ministerio de Hacienda del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Año 3, n. 4, p. 19, 2006.

Allí encontramos entre 300 y 500 habitantes por manzana. Un 59% de quienes fueron censados/as se registró como nativo/a, es decir, nacidos en la ciudad o en la campaña circundante. Un 41% de ese total habría sido de origen migrante, incluyendo un grupo mayoritario de migración ultramarina (alrededor de 26.691 personas), en menor número proveniente de otras provincias de la Confederación Argentina (aproximadamente 5.000 individuos) y 4000 migrantes de países limítrofes. Migrantes europeos y trabajadores afroporteños no solían radicarse en las mismas áreas. Los primeros se concentraron en la zona céntrica. Ingleses-irlandeses, alemanes, franceses y andaluces fueron localizados en el noroeste próximo a la Plaza Mayor. La parroquia de San Miguel contaba con una alta densidad de artesanos, en su mayoría franceses y la zona del puerto, hacia el sudeste, tenía una notoria presencia italiana, en su mayoría originaria de la región de Liguria, junto con importantes núcleos de vascos, gallegos y portugueses dedicados a actividades navales. Entre tanto, los africanos y significativamente también los brasileros, se asentaron de modo preferente en el área circundante del oeste y del norte, zonas de suburbio y de transición hacia el ámbito rural. En términos de la proporción migrante entre la clase trabajadora, el 70% de la mano de obra masculina no había nacido originalmente en Buenos Aires. Se constata también de acuerdo al censo que al promediar el siglo XIX el ámbito porteño adoptó características de predominio femenino con un índice de masculinidad de 96 hombres cada 100 mujeres.

Que sepa coser

(...) sólo se hallan costureras. Este es el oficio de moda entre todas las mujeres del pueblo, y tan de moda que la más andrajosa pretende respuntear como ninguna.

El Nacional, 16 jul. 1856

¿Qué nociones de calificación se desprenden de esta cita? Efectivamente, muchas mujeres contaban con competencias ligadas a la costura que les permitieron ganarse la vida. En el espíritu de la mención de *El Nacional* había una idea de que cualquiera que así se lo propusiera podía de hecho conseguir un medio de vida ligado a la costura para sustentarse. Lo que subyacía era una consideración de la costura como actividad de baja calificación. En su análisis del trabajo de costura a domicilio a fines del siglo XIX, Nari planteaba que se habla

de conocimiento subyugado para designar al conocimiento “por excelencia femenino” que se deriva del status tradicional que las mujeres tienen en la sociedad: “(...) un conocimiento que ha sido definido como menos importante, de menor estimación, principalmente debido al bajo status que se le asignara a la reproducción social, a las tareas domésticas y al cuidado de los niños dentro de la sociedad.”²⁵

En una tónica similar, la historiadora del servicio doméstico carioca Flavia Fernandes Souza enfatiza que a fines del 1800 “aun estando enmascarado sobre el estereotipo de ser resultado de atributos y cualidades ‘naturales’ – sobre todo femeninas – y que podría ser realizado por ‘cualquiera’, el desempeño de

²⁵ NARI. El trabajo a domicilio y las obreras (1890-1918), p. 8.

las actividades domésticas en el mundo del trabajo demandaba un largo proceso de aprendizaje”.²⁶

El aviso ya citado, publicado en octubre de 1855, proseguía y mencionaba que para acceder al puesto de trabajo se requerían “informes de su idoneidad y buenas costumbres, solas y con cama”. Esta breve línea da acceso a un conjunto de relaciones sociales de diferente índole que se entramaban dentro del mundo del trabajo. Por un lado, aunque los propios cronistas hubieran planteado que ciertos trabajos femeninos eran de baja calificación, estas mujeres, como condición para ingresar a nuevos puestos de trabajo, debían hacerse de certificaciones de sus patrones anteriores en donde constara su capacidad para el puesto. Por otro lado, la alusión a las “buenas costumbres” convive con la idea de “idoneidad”. Siguiendo nuevamente a Fernandes de Souza, ese tipo de atributos requeridos no se ligaban directamente a la calidad del trabajo que sería por ellos/as ejecutado sino a las cualidades asociadas a su “carácter moral”. A su vez, al demandar que las mujeres fueran “solas y con cama”, tenemos elementos para inferir una modalidad de contratación que privilegiaría a mujeres solteras o viudas, para las cuales el alojamiento podía officar como parte del arreglo laboral en cuestión.²⁷

¿Y quiénes eran estas mujeres con nociones de costura contratadas para el servicio doméstico? La respuesta no es unívoca: en un momento de afluencia migratoria como el que previamente fue expuesto, distintas mujeres de diferentes edades y procedencias, encontraron ocupación en esta actividad. Algunos ejemplos de la variedad de mujeres contratadas podemos encontrarlos en la propia formulación de los avisos clasificados. En ciertos casos se especificaba un origen étnico en particular.²⁸ Pero la experiencia no era siempre de mujeres “solas”, también existían matrimonios que se ofrecían en conjunto para emplearse en el servicio doméstico.²⁹ Tal como señala en su análisis Cecilia Allemandi, “varones y mujeres tenían inserciones diferentes al interior del rubro. Ellas se desempeñaban como amas de leche o nodrizas, ama de llaves, costureras, lavanderas, niñeras, planchadoras. Ellos generalmente como ayudantes de cocina, cocheros, porteros, mayordomos, jardineros.”³⁰

Efectivamente, la modalidad de contratación podía no ser necesariamente de mujeres solas o matrimonios. En el año 1855, en una casa de la parroquia de Catedral al Norte, en la calle Merced al 100, residían Ramón Llavallol, su esposa, sus tres hijas y un séquito de sirvientes³¹. En primer lugar, Tomás Lago de 26 años, proveniente de Galicia, que oficiaba de mucamo y portero; Mercedes Gutierrez, agregada (tal vez otra denominación que hizo referencia a formas de conchabo y habitación) de 5 años y de ocupación estudianta e Isabel Acosta, sirvienta de 14 años oriunda de la provincia de Córdoba. La particularidad de esta cédula censal

26 FERNANDES DE SOUZA, Flavia. Entre a convivência e a retribuição: Trabalho e subordinação nos significados sociais da prestação de serviços domésticos. (Cidade do Rio de Janeiro, 1870-1900). **Revista de história comparada**, Rio de Janeiro, 4-1, 2010, p. 4.

27 En su investigación doctoral, Allemandi analiza los distintos arreglos laborales que tenían lugar en el mundo del servicio doméstico remunerado entre fines del siglo XIX y principios del XX. Allí repasa ofertas aparecidas en el diario *La Prensa* y observa que además de las “mujeres solas”, existían matrimonios, madres e hijas, parientas que apelaban a su situación particular para encontrar un puesto y tal vez alojamiento incluido. ALLEMANDI. **Sirvientes, criados y nodrizas**, p. 54, p. 94, p. 95-97.

28 Mucama. – Se necesita una para cuidar niños y coser, en la calle de Sta. Rosa n. 176. Se preferirá que sea vasca y que tenga buenas recomendaciones de su conducta. **El Nacional**, 9 ene. 1855.

29 “Se ofrece un matrimonio francés para el servicio de una casa, la mujer para mucama o costurera, el hombre para mucamo o portero, ocurrase á la calle Maipú, n.º 54”. **El Nacional**, 7 mar. 1856.

30 ALLEMANDI. **Sirvientes, criados y nodrizas**, p. 22.

31 Censo de 1855, Cédula Censal n.º 165, cuartel 3, Parroquia de Catedral al Norte.

es que el censista a cargo decidió dejar constancia del “color” o raza de los sujetos censados que no fueran blancos. Esto pone en evidencia que la identidad racial en esta ciudad era una cuestión a registrar, y si no había habido directivas expresas por parte de la mesa de estadísticas que llevó adelante el censo, sí que era parte del sentido común de más de un censista. Es a través de esas intervenciones fortuitas, ligadas a la consideración de que era necesario discriminar racialmente a la población, que sabemos que además de Tomás, Mercedes e Isabel, en la casa residían dos trabajadoras y dos niños/as afroporteños/as, que probablemente fueran hijos o nietos de alguna de ellas: María Buxó, sirvienta viuda de 64 años, anotada como “parda”, ocupada en tareas de cocina; Candelaria Cueli, también parda, soltera, de 25 años y mucama; Julian Maestre, pardo, estudiante de 9 años y María Maestre, parda, 7 años, estudiante.

Las relaciones de trabajo entre patronos y empleados no eran precisamente armónicas. En junio de 1857 se sucedieron una serie de notas editoriales en el diario *El Nacional* acerca de los conflictos latentes y manifiestos que se daban en relación a los/as trabajadores/as del servicio doméstico. Por mencionar sólo dos de ellas, el día 5 de ese mes una columna alertaba acerca de la proliferación de quejas que “en todas partes se levanta en Buenos Aires contra los sirvientes cuyos vicios y relación se hacen cada día más notables. Se ha dicho, no sin alguna propiedad, que los sirvientes de ambos sexos en este país, son los enemigos pagados de nuestros intereses y tranquilidad.”³² En la nota, se hacía mención a la inexactitud de los informes de buena conducta que proveían muchos candidatos a un puesto de trabajo. En otra editorial del día 20 de ese mismo mes, se detallaba que uno de los inconvenientes radicaba en que la forma de ingresar en el puesto fuera un contrato de trabajo que adoptaba la forma de un mero arreglo verbal.³³ En este escenario, las Agencias de Conchavos auspiciaban a las familias sus servicios y con ellos la posibilidad de garantizar la aptitud de los sirvientes³⁴. Asimismo, también convocaban a trabajadoras cuando sabían de la existencia de un puesto de trabajo para el que aún no hubieran encontrado candidatas.³⁵

En el mismo espacio donde se publicitaban ofertas laborales, también solían aparecer pedidos de información de paradero de sirvientes y aprendices que se daban a la fuga.

El sábado 25 del corriente, se ha huido una china de edad de 18 años, á las 7 de la noche con el pretexto de ir a hacer un mandado á la calle, las señas son las siguientes: lleva una cicatriz siempre abierta de una fístula incurable en la cara, vestido de zaraza, desteñido, con rebozo de tartan á cuadros, lleva la cara siempre atada, su estatura es baja y gorda, se llama Elena Forreme, la persona que la entregue ó de noticias de ella en la calle del Paraguay núm 76 se le dará una buena gratificación.³⁶

No sabemos los motivos de esta fuga. Es posible que tal vez alguno de los rasgos coactivos del vínculo laboral-doméstico que se entablaba estuviera involucrado en la decisión de huir de la casa. Lo que sí podemos observar es que la

32 *El Nacional*, 5 jun. 1857, p. 2.

33 *El Nacional*, 20 jun. 1857, p. 2.

34 *El Nacional*, 1º mar. 1855, p. 3.

35 “Amas de leche extranjeras hay colocaciones para tres, también hay acomodados para mucamas y cocineras en la Agencia de Guerrero calle de San Martín, n.º 93”. *El Nacional*, 17 ago. 1860. En relación al funcionamiento de las agencias de colocación para la década siguiente, ver ALLEMANDI. *Sirvientes, criados y nodrizas*, p. 120.

36 *El Nacional*, 28 ago. 1855, p. 3.

denominación “china” alude a un status racial diferencial, el cual hacía referencia a ser o a tener antepasados indígenas. La mención da cuenta de una característica fenotípica de esta muchacha, en donde la consideración que la sitúa en inferior jerarquía respecto de sus patronos queda enfatizada, a su vez, por la descripción de una vestimenta deslucida, confeccionada con géneros de baja calidad y costo, como la zaraza. Además, el hecho de que la muchacha hubiera tenido que pretextar un mandado para salir al exterior a las 7 de la tarde aporta algunas referencias para interrogarnos acerca de lo extenso de su jornada laboral, así como sobre sus posibilidades de transitar la ciudad. Por otro lado, en una editorial del año 1858, un cronista publicaba este breve artículo en forma de poema, que se titulaba “Consejos á las domésticas”:

Si te mandasen a dar recado -anda de prisa- y ten gran cuidado. -Pues habrá pollos -y galli-pavos- q’ al verte digan -con gran descaro- Qué negros ojos -qué lindo talle -que pié tan mono. Si eres un ángel -Los ojos nunca del suelo alces: -Nunca los mires que son audaces; -esos polluelos de guante y fraque- y habra que quieran- acompañarte. -Y aun al cronista -que te aconseja- cierra la oreja!- que es muy bromista.

Tal vez lecturas colectivas de la prensa en bares y mercados podrían haber hecho llegar esta columna a alguna sirvienta de la ciudad. Aporta elementos, además, para reconstruir la evaluación moral a la que se encontraban expuestas las mujeres que como parte de su actividad laboral deambulaban solas por la ciudad. También podía ser un guiño cómplice para hombres como el propio cronista que no se privaban de abordar a estas mujeres, poniendo de manifiesto una posición jerárquica de clase, raza y género.

Pero volvamos a las mujeres empleadas como sirvientas que se desempeñaron de manera específica en tareas de costura. En 1860 un aviso solicitaba “una señora para el cuidado de una casa y la ropa de una poca familia y una cocina”.³⁷ De acuerdo a este anuncio, es notable observar cómo el mantenimiento de la vestimenta de la familia era una tarea específica a desarrollar. La tarea de cuidado, en el aviso, se aplicaba en un mismo nivel al que se proveía a la familia como a su ropa. Esto podía referirse a la compostura de sus prendas, a la manera de ciertos sastres y costureras remendonas que existían en esa época en los mercados de la ciudad.³⁸

En términos de remuneración, en el período explorado, no es frecuente la mención a un salario en los avisos de demanda de trabajadoras.³⁹ En una publicación de 1857, se deja asentado que “Se precisa una sirvienta que sepa planchar, coser, y demás obligaciones, será bien remunerada.”⁴⁰ Si bien es difícil mensurar a qué cantidad de dinero haría referencia, es posible inferir que la habilidad de costura hubiera sido un plus que posicionara mejor a ciertas mujeres a la hora de negociar sus salarios. A través de un análisis del Presupuesto General para 1861 elaborado por el Senado y Cámara de Representantes del Estado de Buenos Aires, accedemos a las partidas presupuestarias de diferentes dependencias estatales. En una de ellas, por ejemplo, figura que la mucama y el sirviente del Colegio de Huérfanas cobraban \$250 mensuales. Aunque no es posible generalizar este monto y suponer que un equivalente fuera percibido por personas empleadas en una casa de familia,

37 *El Nacional*, 14 abr. 1860, p. 3.

38 *El Nacional*, 2 dic. 1857, p. 3.

39 De acuerdo a Allemandi, esto recién comenzaría a hacerse explícito con el cambio de siglo. ALLEMANDI. *Sirvientes, criados y nodrizas*, p. 118.

40 *El Nacional*, 14 abr. 1857, p. 3.

podemos tomarlo como un estimativo del dinero con el que contaban para vivir mensualmente estos individuos.⁴¹ Para tener de referencia, hacia fines de la década de 1850, medio kilo de yerba mate costaba \$6.⁴² un vestido hecho entre \$35 y \$60⁴³ y un pantalón entre \$70 y \$130.⁴⁴

Labores en la escuela

Nuestras jóvenes vejetan en el aprendizaje del piano, del dibujo y de otras fruslerías, que aunque son un adorno en la niñez, de nada le son útiles, cuando pasan á llenar la misión de madres y de esposas (...) Finalice entre nosotras ese fanatismo ridículo y perjudicial, de que no precisamos otros conocimientos que los de la aguja para ser felices; concluya para siempre ese abuso supersticioso hijo de la ignorancia, y del tiempo de las conquistas.

La Camelia, n. 12 , 6 mayo 1852.

(...) Las familias pobres se dan siempre prisa á sacar sus hijos de la escuela para hacerles aprender un oficio. Allí no haría sentir mas esa necesidad, porque los ramos industriales hacen una parte forzosa de esos establecimientos.

Álbum de Señoritas, n. 3, 15 ene. 1854.

En el Colegio de niñas calle Suipacha núm.10, se necesita una señora para enseñar á bordar, á quien se pagará un buen honorario y también se le dará alojamiento si lo precisa.

El Nacional, 9 mar. 1855.

A fines de la década de 1850, existían en la ciudad de Buenos Aires distintos establecimientos – públicos y privados – de educación para niños, los cuales eran segregados por sexo. La Sociedad de Beneficencia se encargaba de administrar catorce de esas escuelas públicas para niñas en el radio urbano, y cuarenta y dos en la campaña bonaerense, además de la coordinación de la Casa de Expósitos, el Hospital General de Mujeres, el Hospital para Mujeres Dementes y el Asilo de huérfanas.⁴⁵ En la currícula prevista para la formación de las niñas que acudían a dichos establecimientos se pautaba una formación que, junto con la lectura y escritura y la aritmética, también incluía nociones básicas de costura. Para la enseñanza de estos saberes a las niñas, fue demandado un tipo específico de trabajadora que dominara las labores de la aguja y pudiera transmitir la habilidad a las alumnas. En este punto, tomo como primera referencia el *Manual para las escuelas elementales de niñas o resumen de la enseñanza mutua, aplicada a la lectura, escritura, cálculo y costura*, el libro de texto traducido del francés por Isabel de Luca, miembro de la Sociedad de Beneficencia e introducido como material formativo para sus escuelas en el año 1823, así como registros de las inspecciones de sus escuelas a fines de la década de 1850, realizadas por la Sociedad. De acuerdo al Manual, la propuesta educativa para las niñas contemplaba una clase diaria de costura en las que se desarrollaban diez módulos, los cuales abordaban diferentes habilidades con la aguja. Cada uno de esos diez módulos a su vez estaba separado

41 Disponible online <https://www.hcdiputados-ba.gov.ar/refleg/images/ley/pdf/l328.pdf>

42 **El Nacional**, 5 oct. 1859, p. 3.

43 **El Nacional**, 12 ene. 1857, p. 3.

44 **El Nacional**, 18 sept. 1857, p. 3.

45 PITA. Nos termos de suas benfeitoras, 2009, p. 42.

en dos divisiones, con labores de principiantes y avanzadas. Entre las habilidades comprendidas en la formación se listaba la elaboración de dobladillos, pliegues para puños o mangas, cinco diferentes puntos (de guante, punto atrás, de calzeta, punto de maya, punto al lado), nociones de zurcido, confección de ojales y pegado de botones. Durante la década de 1850 se agregó dentro de las competencias a aprender el bordado (de blanco, de color, con seda, oro y plata).⁴⁶ No se incluían en la currícula nociones de moltería y corte.

Efectivamente, las mujeres que aprendían labores de costura en las escuelas podían apelar a esas nociones para obtener algunos trabajos, como por ejemplo remendar ropa o mantener la vestimenta de una familia siendo empleada como mucama. Pero estos saberes no les permitieron confeccionar prendas. Sería una base de conocimientos a partir de los cuales podrían ser formadas en el oficio por una costurera avezada o una modista en su taller, aprendiendo habilidades de corte y moltería junto con ella. Probablemente sí fueran nociones suficientes para comenzar a coser en sus propias casas, a destajo, piezas previamente cortadas. Tal como ocurrió con fuerza tras las Batallas de Cepeda y Pavón a través de licitaciones del Estado, concesionadas a empresarios que subcontrataron mujeres para tal fin.

¿Quiénes enseñaban estas labores? En el mismo establecimiento de la calle Suipacha n°10 previamente citado, un año después se reiteró el pedido, esta vez se pedía “una buena costurera” y se dejaba constancia que también se incluiría la comida en el alojamiento.⁴⁷ Un aviso también de 1856, detallaba que se necesitaba “una maestra de escuela para mandar a Córdoba, que sepa el método de enseñanza mutua, aritmética, costura, bordado, blanco y de sedas, se le costeará el viaje y se le dará casa y un buen sueldo”.⁴⁸ Este clasificado presenta un caso diferente al demandado por el Colegio de Niñas de la calle Suipacha, ya que no se solicitaba una mujer con nociones de costura, o incluso con una formación en el oficio, si no que se requería una maestra que dominara las distintas materias que debían enseñarse a una niña en edad escolar.

En el año 1857, un aviso publicado en el diario nos devuelve a la institución de la calle Suipacha antes visitada. Esta vez, quien publicaba era una señorita inglesa “munida de las más respetables recomendaciones” la que deseaba “hallar una colocación en una familia para hacerse cargo de la educación de algunas niñas, a quienes enseñará los idiomas inglés, francés y español, piano, canto, bordados y costura (...) Ocurrase al Colegio de Señoritas, calle de Suipacha núm. 10”.⁴⁹ Aquí observamos una otra posibilidad de trabajo que se desempeñaba en el ámbito doméstico, en donde muchachas que oficiaban de institutrices proveían de lecciones privadas a jovencitas de la élite.

Que hubiera materias dedicadas a la aguja dictadas por docentes y costureras en colegios de niñas de diferentes clases sociales, lejos de homogeneizar la experiencia femenina, es un indicio de que por lo menos a los ojos de las mujeres de la Sociedad de Beneficencia, las utilidades eran diferentes según quién fuera la que aprendía a coser.

(...) Entre las clases acomodadas y cultas de todas las sociedades, y las gentes del común, entre el gusto de las unas y la industria de las otras,

46 Archivo General de la Nación (AGN). Sociedad de Beneficencia. Educación. Escuelas de Ciudad. Años 1825-1884. Legajo N° 260. Registro sobre Escuela de Niñas de la Parroquia de Balvanera. 30 de mayo de 1859.

47 *El Nacional*, 23 ene. 1856, p. 3.

48 *El Nacional*, 8 nov. 1856, p. 3.

49 *El Nacional*, 6 abr. 1857, p. 3.

media un vacío que rara vez puede llenarse. La Sociedad de Beneficencia ha puesto, por medio de las escuelas, al alcance de la industria del pueblo todas las artes manuales que hacen el ornato de las familias acomodadas. (...) no bien llegan de Europa los modelos y padrones, las señoras socias las pasan á las escuelas para ser inmediatamente puestos en obra, bajo la dirección de maestras entendidas, y del gusto ejercitado de las señoras mismas. (...) y con esto se pone inmediatamente un ramo de industria productiva, y un medio de civilización y de cultura á su alcance.⁵⁰

Entre “el ornato de las familias acomodadas” y el “ramo de industria productiva, y un medio de civilización y cultura a su alcance” mediaba una brecha de clase. El mismo acto de costura, aguja e hilo en mano, era para las mujeres de clase trabajadora, en muchos casos, una herramienta a la que apelar para sobrevivir, mientras que las jovencitas que podían prescindir de la necesidad de encontrar una ocupación remunerada, lo llevaban adelante en tanto que labor cotidiana de bordado. En ese sentido, podemos volver nuevamente a dos de las citas que encabezan este apartado: la noción de conocimiento útil que se desprende del fragmento de *La Camelia*, en 1852 pone de manifiesto que existían mujeres deseosas de incorporar otro tipo de saberes a su formación, además de la costura y otras labores femeninas. Entre tanto, en la misma tónica que lo planteado por la Sociedad de Beneficencia, la cita de *Álbum de Señoritas* sostiene el argumento de la utilidad que reportaría a las clases menesterosas el aprendizaje de un ramo de industria, como la costura.

Es preciso, no obstante, desconfiar de la perspectiva de *El Nacional*. La distinción tajante entre familia acomodada e industria de los menesterosos invisibilizaba que en ocasiones las mujeres de sectores propietarios de la ciudad desempeñaban labores también para ahorrar los costos que tendría la compostura de, por ejemplo, una gorra o sombrero.⁵¹

Entre el “ocio” productivo y la industria que “rehabilita”

Tal como rezaba la cita de la cronista de la publicación femenina *La Camelia* a comienzos de la década de 1850 (“Finalice entre nosotras ese fanatismo ridículo y perjudicial, de que no precisamos otros conocimientos que los de la aguja para ser felices”), las señoritas que accedían a ser mantenidas por sus padres o maridos dedicaban un tiempo considerable del día a entrenarse en el arte de la costura, como parte de un aprendizaje reservado para el sexo femenino. Prueba de ello son los numerosos avisos clasificados que publicaban las tiendas de mercería en las que se ofrecían patrones para bordado, así como utensilios para hacerlo.⁵² También en esta época comenzaron a proliferar revistas importadas como “Museo de las

50 *El Nacional*, 27 ago. 1855, p. 1.

51 Ver por ejemplo en la carta de Mariquita Sánchez de Mendeville a su hija: “Decile al Barón, que si te dice dónde compró la cintita morada con que ató el pañuelo, y me mandas dos varas. Con lo que tengo, compondría un bonete bien pero esto no es antojo: mis dos bonetes de cinta están ya sucios porque aquí se recibe todo el día. Tengo que hacerlos lavar y esta cintita es tan linda y con un poco más compondría uno muy bien. Si está allá un vestido viejo de fular, mándamelo también porque me servirá para un forro y a ti no te serviría por el color”. Cartas de Mariquita Sánchez de Mendeville a su hija Florencia, Montevideo Julio 18 de 1844. Disponible online http://old.clarin.com.ar/pbda/lit_bigrafica/cartaslezica2/b-636882.htm.

52 *El Nacional*, 27 abr. 1857, p. 3.

Familias”, un periódico mensual ilustrado editado en Madrid que además contaba con un “Boletín de modas” “con figurines de trajes, patrones y dibujos para bordar. Grabados e iluminados en Paris”, que de acuerdo a la publicidad arribaba todos los meses a Buenos Aires.⁵³

No obstante, en tiempos de guerra como los que se sucedieron entre 1859 y 1861 – el bienio enmarcado por las batallas de Cepeda y de Pavón, en las que el Estado de Buenos Aires se enfrentó con la Confederación Argentina – la afición por la costura y el bordado tomó otro carácter. En múltiples notas editoriales de *El Nacional* a lo largo de septiembre y octubre de 1861⁵⁴ se hicieron pedidos específicos a las mujeres de la élite porteña para que confeccionaran y donaran hilas y vendas para los Hospitales del Ejército en campaña. La organización de las donaciones fue tomada a su cargo por la Sociedad de Beneficencia, quien solicitó que las mismas fueran entregadas en el Colegio de Huérfanas, bajo su administración.

Por otro lado, como se señaló previamente, la Sociedad de Beneficencia estaba a cargo de una serie de instituciones de bien público, muchas de las cuales se dedicaban a promover el cuidado, bienestar y auspicio de mujeres trabajadoras, pobres, huérfanas o declaradas dementes. Para tal fin, las mujeres de la élite al frente de esta Sociedad, recibían anualmente una partida presupuestaria por parte del Estado de Buenos Aires. Pero por la cantidad de emprendimientos llevados adelante, la misma resultaba muchas veces insuficiente y era complementada con ingresos adicionales provenientes de una lotería manejada por ellas y, en menor medida, por venta y rifas de labores de costura realizadas por alumnas de sus escuelas, huérfanas, dementes y también a veces donadas por jovencitas de la élite. La venta de esas rifas se traducían en dinero que luego administraba la Sociedad. En diferentes notas editoriales a lo largo del período analizado, observamos que las mujeres de la Sociedad de Beneficencia auspiciaban regularmente las rifas de labores, que consistían en la exhibición de estas producciones a lo largo de ocho días, en el transcurso de los cuales las mujeres de la Sociedad con ayuda de otras mujeres de la élite, vendían los números que iban a sortearse:⁵⁵

Esposicion. - La de los labores y obras de las niñas que se educan en las Escuelas del Estado bajo la inspeccion de la Sociedad de Beneficencia, empezará mañana a las once en el colegio de Huerfanas y seguirá como de costumbre durante ocho días.⁵⁶

El 30 de agosto tendrá lugar una rifa de todas las obras hechas en el colegio de huérfanas y demás escuelas del Estado, con el objeto de concluir la obra que se hace en dicho colegio. La Sociedad de Beneficencia invita á las señoritas que gusten contribuir con algunas obritas para este filantrópico fin, se sirvan mandarlas quince días anticipados.⁵⁷

En este último caso vemos que el dinero en cuestión tenía como finalidad destinarse a las reformas de uno de los colegios. A su vez, las labores realizadas

53 *El Nacional*, 17 sept. 1856, p. 1.

54 *El Nacional*, 4 sept. 1861; 3/10/1861 y 7 oct. 1861, p. 2.

55 (...) las socias adicionaban suscripciones públicas, rifas y bazares, en los cuales ofrecían al público las labores que realizaban las alumnas de las escuelas de la ciudad y la campaña y las huérfanas del Colegio, convirtiéndose estas ocasiones en oportunidades tanto para recaudar fondos como para mostrar la valía del trabajo realizado bajo su tutela. PITA. *La casa de las locas*, p. 84.

56 *El Nacional*, 10 jul. 1858, p. 2.

57 *El Nacional*, 25 jul. 1855, p. 3.

por las niñas y jóvenes volvían a poner en evidencia, la tensión latente entre la costura como labor y como trabajo, según la perspectiva de ciertos hombres que llevaban adelante esta prensa:

Esposicion – El Sábado dimos cuenta de la de las escuelas de niñas y huérfanas. Ayer domingo la concurrencia á verla fué extraordinaria y lujosa por extremo. Asistió el Sr. Gobernador y porcion de personas notables. Como siempre lo que mas llamó la atencion fueron los bordados, labores preciosísimas en verdad. Pero muchos al mismo tiempo que admiraban no podian menos de preguntar: Y las niñas que esto hacen, saben leer, saben coser, han aprendido todas esas otras cositas que constituyen el verdadero patrimonio de una mujer que ha de vivir en el mundo ó ha de ganarse la vida con el producto de un trabajo mas positivo que el de bordar?⁵⁸

Allí nuevamente surgía la pregunta: ¿Era el coser una competencia a adquirir como parte del formarse como mujer en esa sociedad o resultaba, además, una herramienta de trabajo? El interrogante, de todos modos, no era inocente: para muchos hombres del gobierno, algunos de los cuales tenían vínculos estrechos con editores y redactores de *El Nacional*, el poder de acción y la injerencia en competencias estatales que habían logrado construir las mujeres de la Sociedad de Beneficencia, eran algo que no pasaba desapercibido para ellos. De esa forma, preguntarse si acaso habría “un trabajo más positivo que el de bordar”, tal vez apuntó a cuestionar las decisiones de estas mujeres sobre la educación de otras que se encontraban bajo su tutela. Cabe recordar la vinculación de este diario con Domingo Sarmiento, quien en el año de 1856, cuando fuera publicado dicho artículo, asumió la dirección del Departamento de Escuelas del Estado de Buenos Aires, disputando la supervisión de los establecimientos educativos de niñas a cargo de la Sociedad de Beneficencia.

Mientras tanto, la distancia entre labor y trabajo no remunerado se volvía también difusa en esa otra institución administrada por la Sociedad de Beneficencia: la Convalecencia. El “Hospital de Mujeres Dementes” abrió sus puertas en el año 1854. El estudio de las dinámicas políticas y de las relaciones sociales allí insertas que realizó Valeria Pita permite entrever la noción de “padecimiento mental” de mujeres no como una entidad ahistórica, sino como una construcción intelectual, cultural y política propia de este contexto,⁵⁹ en el cual la elite porteña “intentó redefinir los parámetros de la exclusión social y delimitar quiénes y en qué condiciones podían incorporarse a la vida pública”.⁶⁰ Una amplia proporción de las internas eran mujeres pobres, sin familia.⁶¹ Aproximadamente la mitad del conjunto eran nativas, un 9% había nacido en España.⁶²

En nombre de poblar de actividades la vida de las pacientes y darle cauce a las labores femeninas como parte de su proceso de rehabilitación, la reclusión

58 *El Nacional*, 2 jun. 1856, p. 2.

59 PITA. *La casa de las locas*, p. 14.

60 PITA. *La casa de las locas*, p. 18.

61 Continúa Pita sobre este punto “A pesar de los diferentes orígenes y experiencias, sólo una media docena disponía de un pequeño peculio, representado en una pensión o en el apoyo económico de algún familiar que abonaba una mensualidad para mantenerlas internadas. Esta situación confirmaba que el hospicio funcionaba como una institución destinada a recluir a un segmento de la población caracterizado por su estado de indigencia, mientras que las familias acomodadas continuaban teniendo a sus locas en alguna habitación de la casa o mandándolas al campo, tal como se acostumbraba desde antaño”. PITA. *La casa de las locas*, p. 94.

62 PITA. *La casa de las locas*, p. 94.

que las apartaba de la vida pública no impidió que esas mujeres trabajen, aunque no se les pagara por ello. Las internas se levantaban al alba, cumplían la primera tarea que consistía en realizar el aseo del establecimiento, luego se reunían en el comedor para el mate de la mañana, para después dirigirse a las diferentes faenas: algunas al campo o la lavandería, pero en su mayoría al taller de costura o Costurero, donde se dedicaban hasta las 11 de la mañana a la confección de camisas y calzoncillos. Después de la pausa del almuerzo, retomaban sus trabajos hasta las 17 horas, momento de la cena y el rezo antes de dormir.⁶³

En lo que respecta a las faenas de costura, esta breve mención aparecida en 1856 en *El Nacional* brinda algunas pistas sobre el tipo de producción que las internas emprendían en sus momentos en el taller:

Rifa del colegio de huérfanas. (...). Entre las labores hay también dos docenas de camisas sencillas hechas por las pobres locas de la Convalecencia, completando la colección multitud de otros objetos de valor que han sido regalados por varias familias.⁶⁴

Así, a diferencia de las labores confeccionadas en otros establecimientos de la Sociedad de Beneficencia, sabemos que en este espacio se produjo ropa en serie, la cual fue adquirida por el Estado porteño para sus cuerpos de policía y vigilantes. Es posible aseverar que por aquel trabajo fue abonado un valor por mucho inferior al que contemporáneamente presupuestaban empresarios que licitaban esa confección y subcontrataban costureras a destajo para tal fin:

Construcción de ropa por las dementes – Sabemos q' las infelices dementes alojadas en la Convalecencia, han construido novecientas doce piezas de ropa para el ejército, y que el Gobierno ha ordenado se entreguen a la Sociedad de Beneficencia 6840 pesos importe de la construcción. Se ve pues que las infelices locas se ocupan con utilidad en aquel asilo de la desgracia.⁶⁵

Efectivamente este dinero no remuneraba a las internas, si no que iba a parar a las arcas de la Sociedad de Beneficencia para su administración.⁶⁶ Se trataba de un promedio de \$7 pagado por el Estado por cada pieza de ropa entregada.⁶⁷ Sólo a modo de referencia, cuando la máquina de coser aún no se había difundido como herramienta de trabajo que revolucionaría los tiempos dedicados a la costura,

63 PITA. *La casa de las locas*, p. 94.

64 *El Nacional*, 29 ago. 1856, p. 2.

65 *El Nacional*, 3 sept. 1857, p. 2.

66 “Para las administradoras y los médicos el trabajo era una vía para la recuperación de la razón, que producía, además “una utilidad al Establecimiento” (Ver *Memoria anual sociedad de beneficencia 31/12/1856*). Con esa ganancia se conformó un fondo para reparaciones edilicias y la compra de materiales diversos, toda vez que los dineros provistos por el Estado provincial eran insuficientes y los arreglos y gastos superaran el presupuesto asignado. En efecto, el trabajo y la capacidad laboral eran asumidos por los responsables del hospital como un valor positivo que les otorgaba a las internadas un cierto virtuosismo. Seguramente, para un grupo de las internadas que día tras día cosían camisas y calzones a cuenta del Estado, la sala de costura era el espacio donde se contraían al trabajo impuesto pero también donde tomaban mate y, tal vez, charlaban y se alejaban de los gritos, delirios y lamentos de otras “infelices dementes”. A su vez, cuando la tarea encomendada prosperaba, recibían de las señoras una serie de recompensas, como cigarros, raciones extra de yerba, un mejor vestido o un paseo al aire libre”. PITA. *La casa de las locas*, p. 96.

67 Si volvemos a la partida presupuestaria para el año 1861, vemos que por la compra de vestuarios para los 215 auxiliares de policía, el Estado de Buenos Aires asignó un total de \$109.650. Aún suponiendo que hubiera prendas adicionales que confeccionar en invierno que estuvieran cubiertas, dicha cifra excede por mucho lo destinado a las mujeres de la Convalecencia. Es preciso rastrear en próximas investigaciones quiénes eran los empresarios que licitaban este tipo de suministro de indumentaria, para indagar en posibles casos de presupuestos aumentados adrede.

la confección de una camisa tomaba aproximadamente 14 horas de trabajo.⁶⁸ Si reparamos en un listado de jornales publicado en el diario *El Nacional* hacia 1855, se observa que el jornal diario de una costurera iba de los \$25 a los \$40. Vemos entonces que se trataba de menos de un tercio de la remuneración mínima que solía pagarse a una trabajadora en la Ciudad de Buenos Aires a mediados del siglo XIX.

Esta otra publicación del año siguiente, dejó constancia de la regularidad con la que estas prácticas se instalaron como complemento de las licitaciones a empresarios:

Trabajos de las pobres locas de la Convalecencia – Han entrado en los almacenes del Estado, las siguientes piezas de vestuario hechas por las infelices reclusas en la Convalecencia, 500 camisas de lienzo, 670 calzoncillos. Esos labores representan una suma inmensa de paciencia, de caridad y de cuidados prodigados á la desgracia bajo los auspicios maternales de la Sociedad de Beneficencia.⁶⁹

“Paciencia”, “caridad”, “cuidados prodigados a la desgracia”, “auspicios maternales”: aunque la propia publicación iniciaba haciendo mención a los trabajos de las mujeres de la Convalecencia, el tono general del escrito desplazó el eje de la idea de trabajo como actividad remunerable, como empleo dentro del circuito laboral de la ciudad, hacia una serie de consideraciones que ponderan lo realizado por las internas, ya no por el valor de lo producido por ellas mismas, sino por la tarea paciente que se daban las señoras de la Sociedad de Beneficencia al propiciar estas labores útiles de las “pobres locas”.

El caso excepcional que arroja luz para aproximarnos, por contraste, a la experiencia del resto de las internas que cosían, lo expone también Pita al revisar la trayectoria de la joven porteña Andrea Guardia. En 1857 ingresó al establecimiento con un “cuadro de demencia” y al poco tiempo, “manifestó – según relató la inspectora a cargo – su disposición y buen juicio para “manejar á las enfermas destinadas al Costurero”.⁷⁰ Se resolvió nombrarla en el puesto “interino de encargada” con una paga mensual de 150 pesos moneda corriente, cargo que ocupó durante más de dos años. Su tarea consistía en coordinar las labores del taller, y sus logros se expresaron en una acumulación de utilidades por unos 15.000 pesos moneda corriente. Prosigue Pita en su reconstrucción y relata que, hacia marzo de 1860, Guardia solicitó un aumento de cien pesos, el cual en un primer momento le fue denegado. No obstante, decidieron otorgárselo finalmente tras evaluar las palabras de la inspectora al frente del Costurero: “no se encontraría una q’ preste ese desempeño con ese sueldo”. Habría de resultarles más oneroso contratar a una mujer que llevara adelante las tareas de Guardia que efectivamente concederle los cien pesos adicionales.⁷¹

Palabras finales

En las páginas precedentes intenté rastrear diferentes experiencias de trabajo y vida cotidiana de mujeres porteñas cuya identidad de género, raza y clase delinearon maneras particulares de relacionarse con la labor de la costura.

68 NARI. El trabajo a domicilio y las obreras (1890-1918), p. 3.

69 *El Nacional*, 14 oct. 1858, p. 3.

70 PITA. *La casa de las locas*, p. 98.

71 PITA. *La casa de las locas*, p. 99.

Aunque existieron establecimientos de producción de vestimenta que implicaron contar con un oficio, la costura continuó siendo considerada socialmente como una actividad *fronteriza*, entre la labor y el trabajo, entre actividades consideradas “ociosas” y femeninas y otras vinculadas con el compromiso cívico en momentos de guerra, entre el saber de mujeres y la utilidad industriosa. Sondear estas experiencias permitió, por un lado, pensar en un mundo del trabajo de la aguja que se ramificó mucho más allá de la tienda de modista, la de sastre y la ropería, y habilitó posibilidades de ocupación ocasional o permanente para mujeres trabajadoras de la ciudad. Por otro lado, implicó analizar el conjunto de significados entreverados en la costura como actividad *de mujeres*, los cuales obturaron la posibilidad de entenderla plenamente como *trabajo*, tiñendo de concepciones morales sexuadas la ocupación del tiempo de distintos grupos de mujeres. Los contornos que delimitan lo que se entiende por labor femenina y por trabajo son, así, históricos. Es posible que las batallas de Cepeda y de Pavón hayan implicado un quiebre: la demanda a gran escala de uniformes para el Ejército de Buenos Aires, trajo aparejada la licitación de empresarios que subcontrataron mujeres para coser a destajo en sus lugares de residencia.⁷² Tal vez esta situación hiciera aún más difusa la separación entre lo remunerable y lo no remunerable de aquellas costuras que se confeccionaban en la casa. Es la intención de esta investigación en curso continuar profundizando en esa línea.

A su vez, en el período aquí reseñado, la manera en que algunas mujeres ocuparon su tiempo fue motivo de preocupación estatal. Y en esa preocupación intervinieron diferentes actores y actrices, algunos de los cuales pusieron en entredicho que fueran las mujeres de la Sociedad de Beneficencia quienes, como parte de ese Estado, definieran líneas de acción al respecto. A través de las iniciativas de la Sociedad, cobró cierta legitimidad la idea de una labor femenina útil, que rehabilitara, de tarea industriosa que pudiera ocasionalmente aportar a la economía familiar o cargarse de valores patrióticos y ciudadanos en forma de hilas y vendas enviadas a los hombres que combatían por ese proyecto de país. Esos sentidos signaron trayectorias, delimitaron márgenes de acción, pero también fueron reinterpretados por diferentes mujeres que intentaron ganarse la vida en la Buenos Aires de mediados de siglo XIX. Como la sirvienta que apeló a su saber de costura para lograr emplearse en una casa de familia, como la muchacha inglesa que abandonó el colegio para el que trabajaba y optó por aventurarse a enseñar labores de costura a jóvenes acomodadas en su lugar de residencia. Como Andrea Guardia que se apoyó en sus nociones de lo que era justo, para demandar una mejor paga por sus tareas en el costurero, aun estando asilada.

Recebido em 22/5/2019

Aprovado em 26/6/2019

72 MITIDIERI, Gabriela. Entre modistas de París y costureras del país. Espacios de labor, consumo y vida cotidiana de trabajadoras de la aguja, Buenos Aires, 1852-1862. *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, 12, p. 23-26, 2018.